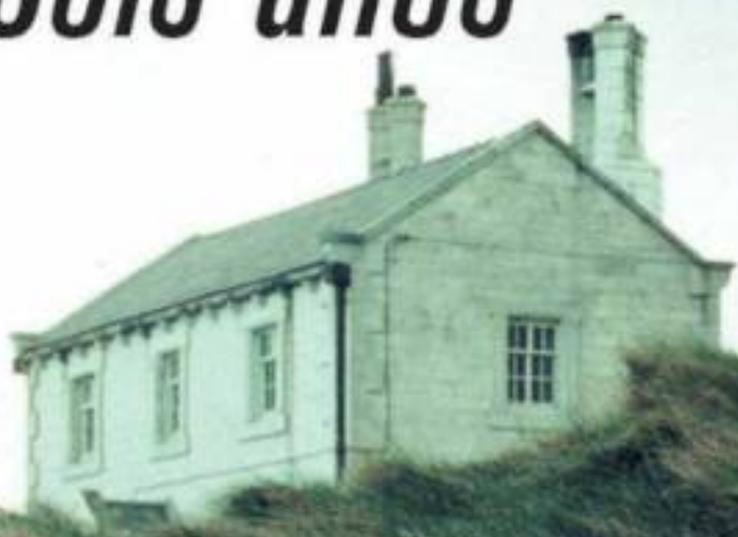


HARLAN COBEN

Seis años



Han pasado seis años desde que Jake Fisher vio como Natalie, el amor de su vida, se casaba con otro hombre, Todd. Seis años sin saber nada de Natalie, porque así se lo prometió a ella. Seis solitarios años como profesor de universidad, imaginándola feliz con su marido...

Todo esto cambia cuando Todd fallece y Jake decide acudir al funeral. Lo que no se espera es que la mujer que dejó hace tantos años no será la misma. Los recuerdos de su pasado romántico se tornarán contra él, empezando a cuestionar su propia salud mental... Para descubrir de pronto que todo ha sido una gran farsa y que, buscando la verdad, su vida está en peligro.

A BRAD BRADBEER
SIN TI, AMIGO MÍO, NO HABRÍA VICTORIA

1

Me senté en el último banco y me quedé mirando cómo el amor de mi vida se casaba con otro hombre.

Natalie vestía de blanco, claro, y, por si aquello fuera poco, estaba más espléndida que nunca. Su belleza siempre había tenido algo de fragilidad y de fuerza contenida, y allá arriba parecía un ser etéreo, como de otro mundo.

Se mordió el labio inferior. Recordé aquellas mañanas en la cama, cuando hacíamos el amor y luego se ponía mi camisa azul y bajábamos. Nos sentábamos en nuestro rincón a desayunar y leíamos el periódico. Alguna vez sacaba su cuaderno y se ponía a hacer bosquejos. Mientras me dibujaba, se mordía el labio inferior, igual que ahora.

Dos manos se hundieron en mi pecho, me agarraron el corazón por los lados y lo partieron en dos con un chasquido.

¿Por qué habría ido allí?

¿Creéis en el amor a primera vista? Yo tampoco. Pero sí creo en una atracción no solo física a primera vista. Creo que en ocasiones —una vez, o quizá dos en toda la vida— te sientes atraído por alguien de un modo tan profundo, tan básico y tan inmediato que la atracción es casi magnética. Así fue con Natalie. A veces no es más que eso. Pero otras veces crece, prende y se convierte en una llama inmensa, de la que no tienes dudas y que sabes que durará para siempre.

Y a veces te engañas y piensas que lo primero es lo segundo.

Yo, en mi ingenuidad, había pensado que aquello era para siempre. Yo, que nunca había creído realmente en el compromiso y que había hecho todo lo posible por huir de él, supe de inmediato —bueno, en menos de una semana— que aquella era la mujer con la que iba a despertarme cada mañana de mi vida. Aquella era la mujer —sí, ya sé que suena cursi— sin la cual no era capaz de hacer nada, que hacía que lo más mundano se convirtiera en algo emocionante.

Ya; patético, ¿no?

El sacerdote, que llevaba la cabeza perfectamente afeitada, no dejaba de hablar, pero el flujo de sangre en mis oídos me hacía imposible distinguir lo que decía. Me quedé mirando a Natalie. Quería que fuera feliz. Lo pensaba en serio, no era la típica mentira que nos decimos porque, en realidad, si la persona a quien queremos no nos quiere, preferimos que sea desgraciada. En este caso lo sentía de verdad. Si lograba convencerme de que Natalie sería más feliz sin mí, podría dejarla marchar, por doloroso que me resultara. Pero no creía que fuera a ser más feliz, pese a todo lo que me había dicho o hecho. O quizás ese sea otro mecanismo de defensa interno, otra mentira que nos contamos.

Natalie no llegó a mirarme, pero yo vi que se le tensaban las comisuras de los labios. Sabía que yo estaba allí. No le quitaba ojo al que iba a ser su marido. Por lo que había descubierto poco antes, se llamaba Todd. Odio ese nombre. Todd. Todd. Probablemente le llamaban Toddy, o ToddMan, o Toddster.

Todd llevaba el pelo demasiado largo, y lucía esa barba de tres días que a algunos les parece tan moderna y que a otros, como a mí, les parece de puñetazo. Barrió con la mirada a los asistentes de una manera un tanto petulante, hasta que se atascó... bueno, conmigo. Se quedó allí un segundo, evaluándome, antes de decidir que no valía la pena perder más tiempo.

¿Por qué había vuelto Natalie con él?

La dama de honor era Julie, la hermana de Natalie. Estaba de pie en la tarima, con un ramo cogido entre las manos y una sonrisa inerte y robótica en los labios. No nos conocíamos personalmente, pero había visto fotos suyas y les había oído hablar por teléfono. Julie también parecía anodada ante aquel acontecimiento. Intenté cruzar la mirada con ella, pero estaba muy concentrada y procuraba poner la clásica mirada perdida en el infinito.

Volví a fijar la vista en el rostro de Natalie, y fue como si una serie de ráfagas de explosivos detonaran en el interior de mi pecho. Bum, bum, bum. Desde luego, aquello había sido mala idea. Cuando el padrino sacó los anillos, se me empezaron a cerrar los pulmones. Me costaba respirar.

No podía más.

Supongo que había ido para verlo por mí mismo. La experiencia me había enseñado que lo necesitaba. Mi padre había muerto de un infarto cinco meses antes. Nunca había tenido problemas de corazón, y gozaba de buena salud. Recuerdo cuando esperaba en aquella sala, cuando el médico me hizo pasar a su consulta y me dio la terrible noticia, y cuando me preguntaron, tanto en el hospital como en el tanatorio, si quería ver el cadáver. Dije que no. Supongo que no quería recordarle tendido en una camilla o en un ataúd. Prefería recordarle tal como era.

Pero, con el paso del tiempo, empezó a costarme aceptar su muerte. Siempre estaba lleno de vida. Dos días antes de su muerte, habíamos ido a ver jugar a los New York Rangers —papá estaba abonado— y había habido prórroga, habíamos gritado, jaleado... Bueno, ¿cómo podía ser que estuviera muerto? Una parte de mí había empezado a preguntarse si no habrían cometido un error, o si todo aquello no sería un gran montaje y mi padre aún seguía vivo de algún modo. Sé que no tiene sentido, pero la desesperación puede acabar jugando contigo. Y, si le dejas sitio a la desesperación, esta siempre encuentra respuestas alternativas.

Otra parte de mí estaba obsesionada con el hecho de que nunca había visto el cuerpo de mi padre. En esta ocasión no quería repetir el mismo error. Pero —siguiendo con esta triste metáfora— ahora ya había visto el cadáver. No había motivo para tomarle el pulso o hurgarlo con el dedo más de lo necesario.

Intenté desaparecer de allí de la manera más discreta posible. Eso no es fácil cuando mides 1,96 y tienes la constitución «de un leñador», como solía decir Natalie. Tengo las manos grandes. A Natalie le encantaban. Las cogía con las suyas y me reseguía las palmas. Decía que eran manos de verdad, manos de hombre. También las había dibujado porque, según decía, mis manos contaban mi historia: mi educación en un barrio humilde, mis improbables esfuerzos para estudiar en la Universidad de Lanford hasta encontrar trabajo de gorila en una discoteca local y, de algún modo, también el hecho de que ahora fuera el profesor más joven de su departamento de Ciencias Políticas.

Salí de la pequeña capilla blanca casi a trompicones y aspiré el aire cálido del verano. Verano. ¿Habría sido eso nada más? ¿Una historia de verano? No éramos dos chavales calientes que buscaban marcha en un campamento; éramos dos adultos buscando soledad para nuestras actividades —ella para su arte, y yo para escribir mis disertaciones sobre ciencias políticas— que se habían conocido y se habían enamorado perdidamente, y ahora, que se acercaba septiembre, bueno... Todo lo bueno se acaba. Toda nuestra relación tenía ese aire irreal, ambos apartados de nuestras vidas habituales y de todas las cosas mundanas que la componían. Quizás eso fuera lo que la hacía tan estupenda. Quizás el hecho de que viviéramos en aquella burbuja alejada de la realidad hacía mejor aún nuestra relación, más intensa. O a lo mejor todo eran tonterías mías.

Al otro lado de la puerta oí vítores y aplausos. Aquello me despertó de mi estupor. El servicio había acabado. Todd y Natalie eran ya el Señor Barba de Tres Días y Señora.

No tardarían en recorrer el pasillo y salir. Me preguntaba si les tirarían arroz. Seguro que a Todd no le gustaría. Le estropearía el peinado y se le pegaría a la barba.

No, no necesitaba ver más.

Me dirigí hacia la parte trasera de la capilla y desaparecí justo en el momento en que las puertas de la capilla se abrían. Miré hacia el espacio que había delante. Nada, solo..., bueno, espacio. Había árboles a lo lejos. Los bungalows estaban al otro lado de la colina. La capilla formaba parte del lugar de retiro para artistas donde se alojaba Natalie. Yo vivía en otro para escritores, más allá. Ambos establecimientos eran antiguas granjas de Vermont que aún cultivaban algunos productos ecológicos.

—Hola, Jake.

Me giré hacia la voz familiar. Allí, a apenas diez metros, estaba Natalie. La vista se me fue a su dedo anular izquierdo. Como si me leyera el pensamiento, levantó la mano y me enseñó su nueva alianza.

—Felicidades. Me alegro mucho por ti.

Pasó por alto mi comentario.

—No me puedo creer que hayas venido.

—Es que he oído que habría unos aperitivos espléndidos —respondí, abriendo los brazos—. Ya sabes que no me pierdo una ocasión así.

—Muy gracioso.

Me encogí de hombros, mientras mi corazón se convertía en polvo arrastrado por el viento.

—Todo el mundo me aseguró que no vendrías —dijo Natalie—. Pero yo sabía que lo harías.

—Te sigo queriendo.

—Lo sé.

—Y tú me sigues queriendo.

—Yo no, Jake. ¿Lo ves? —respondió, y me puso el anillo delante de las narices.

—¿Cariño? —Todd y su vello facial aparecieron por la esquina. Me miró y frunció el ceño—. ¿Y este quién es? —

preguntó, aunque estaba claro que lo sabía.

—Jake Fisher —me presenté—. Enhorabuena.

—¿Dónde nos hemos visto antes?

Aquella se la dejó a Natalie. Ella le puso una mano sobre el hombro y respondió:

—Jake ha hecho mucho de modelo para nosotros. Probablemente te suena de alguna de nuestras piezas.

Él seguía frunciendo el ceño. No me moví. No me eché atrás. No aparté la mirada.

—Vale —respondió, a regañadientes—. Pero no tardes.

Me echó una última mirada malcarada y regresó hacia la capilla. Natalie se giró de nuevo hacia mí. Señalé al lugar por donde había desaparecido Todd.

—Parece divertido —observé.

—¿Por qué has venido?

—Necesitaba decirte que te quiero —dije—. Necesitaba decirte que siempre te querré.

—Ya se acabó, Jake. Pasarás página. Te repondrás.

No dije nada.

—¿Jake?

—¿Qué?

Ladeó la cabeza ligeramente. Sabía el efecto que tenía ese gesto sobre mí.

—Prométeme que nos dejarás en paz.

No reaccioné.

—Prométeme que no nos seguirás, ni llamarás, ni nos mandarás correos electrónicos.

El dolor del pecho fue en aumento. Se convirtió en algo intenso y afilado.

—Prométemelo, Jake. Prométeme que nos dejarás en paz —repitió, mirándome fijamente a los ojos.

—De acuerdo —accedí—. Lo prometo.

Sin decir más, Natalie se alejó y regresó a la puerta de la capilla, junto al hombre con quien se acababa de casar. Yo me quedé allí un momento, intentando recuperar el aliento. Intenté enfadarme, quitarle hierro al asunto, no dar-

le importancia y decirle que ella se lo perdía. Lo intenté todo, e incluso asumirlo con madurez, pero sabía que todo aquello no era más que un artificio para no afrontar el hecho de que me pasaría la vida desconsolado.

Me quedé allí, detrás de la capilla, hasta que di por hecho que todo el mundo se había ido. Entonces volví a la parte delantera. El sacerdote de la cabeza afeitada estaba de pie sobre los escalones. También Julie, la hermana de Natalie, que me puso una mano sobre el brazo.

—¿Estás bien?

—Estupendo —le respondí.

El sacerdote me sonrió.

—Un día precioso para una boda, ¿no cree?

—Supongo que sí —dije yo, parpadeando para protegerme del sol, y luego me fui.

Cumpliría lo que me había pedido Natalie. La dejaría sola. Pensaría en ella cada día, pero nunca la llamaría, ni me acercaría, ni la buscaría en internet. Mantendría mi promesa.

Seis años.

2

SEIS AÑOS MÁS TARDE

Aunque yo no podía saberlo en aquel instante, el mayor cambio de mi vida llegaría en algún momento entre las 3.29 y las 3.30 de la tarde.

Mi clase de primero sobre la política del razonamiento moral acababa de terminar. Estaba saliendo del Bard Hall. Era un día perfecto para pasarlo al aire libre. El sol brillaba con fuerza, y el aire era fresco en Massachusetts. En el patio interior iba a jugarse un partido de *frisbee*. Los estudiantes se habían distribuido por el campo, como si los hubiera esparcido una mano gigante. Sonaba música a todo trapo. Era como un folleto sobre la vida en el campus hecho realidad.

Me encantan los días así. Como a cualquiera, supongo.

—¿Profesor Fisher?

Me giré. Había siete estudiantes sentados en un semicírculo sobre la hierba. La chica que me hablaba estaba en el centro.

—¿Quiere sentarse con nosotros? —preguntó.

Sonreí y negué con la mano.

—Gracias, pero estoy en horario de despacho.

Seguí caminando. Tampoco me hubiera quedado, aunque me habría encantado sentarme con ellos en un día tan espléndido como aquel. Una fina línea separa a profesores

de alumnos, y lo siento, pero, por insensible que pueda parecer, no quería ser ese *tipo* de profesor, el profesor que sale quizá demasiado con los estudiantes y que asiste de vez en cuando a una fiesta de las fraternidades, o quizás incluso invita a cervezas después del partido de fútbol. Un profesor debería mostrarse accesible y dar apoyo al alumno, pero no puede convertirse ni en un colega ni en su padre.

Cuando llegué a la Clark House, la señora Dinsmore me saludó frunciendo el ceño, como siempre. La señora Dinsmore era una mujer de armas tomar, y tal vez llevase de recepcionista en el departamento de Ciencias Políticas desde tiempos del presidente Hoover. Debía de rondar los doscientos años, pero, a juzgar por su impaciencia y su trato desagradable, bien podría pasar por la mitad.

—Buenas tardes, belleza —le dije—. ¿Algún mensaje?

—Sobre su mesa —respondió. Hasta en el tono de voz se le notaba el ceño fruncido—. Y frente a la puerta tiene una cola de alumnas, como siempre.

—Vale, gracias.

—Ni que les hiciera pruebas para coristas.

—Ya.

—Su predecesor nunca se mostró tan accesible.

—Venga ya, señora Dinsmore. Yo venía a verle constantemente, cuando era estudiante.

—Sí, pero al menos sus pantalones cortos le cubrían algo de pierna.

—Y eso siempre le decepcionó un poco, ¿no?

La señora Dinsmore hizo todo lo que pudo para contener una sonrisa.

—Quítese de en medio, ¿quiere?

—Admítalo.

—¿Quiere que le dé una patada en el culo? Salga de aquí.

Le lancé un beso y entré al despacho por la puerta de atrás para evitar la fila de alumnas que se habían apuntado a la tutoría del viernes. Tenía dos horas de visitas «abier-

tas», los viernes de tres a cinco de la tarde. No había lista, eran nueve minutos por alumno, sin horario ni cita previa. Solo había que presentarse: el orden de llegada era el de atención. Respetábamos estrictamente los tiempos. Nueve minutos, ni más ni menos, y un minuto para salir y dejar que el estudiante siguiente se acomodara y entrara en materia. Si alguno necesitaba más tiempo, o si yo le dirigía la tesis o lo que fuera, la señora Dinsmore le programaba una visita más prolongada.

Exactamente a las tres en punto hice pasar a la primera alumna. Quería discutir las teorías de Locke y Rousseau, dos politólogos más conocidos últimamente por sus reencarnaciones en la serie *Lost* que por sus teorías filosóficas. La segunda alumna no tenía otro motivo para estar ahí —si se me disculpa la crudeza— que la de hacerme la pelota. A veces me entraban ganas de ponerme en pie y decir: «Más vale que me hagas unas galletitas», pero lo entiendo. La tercera alumna había acudido para suplicarme un poco. Es decir, pensaba que su nota de notable alto debía ser más bien un sobresaliente justito, cuando en realidad probablemente tendría que haberle puesto un notable pelado.

Así era. Había quien acudía a mi despacho a aprender; otros, a impresionarme; otros, a suplicar; otros, a charlar... Todo eso me parecía bien. No hago juicios de valor basándome en esas visitas. No estaría bien. Trato a cada estudiante que pasa por esa puerta igual que a los demás, porque estamos aquí para *enseñar*, si no ya ciencias políticas, quizás sí algo sobre pensamiento crítico e incluso —¡glups!— sobre la vida. Si los estudiantes nos llegaran completamente formados y sin inseguridades, ¿qué sentido tendría?

—Se queda en notable alto —dije cuando acabó su alocución—. Pero estoy seguro de que en el próximo trabajo podrás sacar mejor nota.

Sonó el zumbido del reloj. Sí, como decía, soy muy estricto con los tiempos. Eran exactamente las 15.29. Por eso

supe, cuando repasé todo lo sucedido, cuándo había empezado todo: entre las 15.29 y las 15.30.

—Gracias, profesor —dijo ella, mientras se ponía en pie para marcharse. Yo también me puse en pie.

Mi despacho no había cambiado un ápice desde que me nombraron jefe del departamento, cuatro años antes, momento en que ocupé el que había sido el despacho de mi predecesor y mentor, el profesor Malcolm Hume, secretario de Estado en un gobierno y jefe de gabinete en otro. Aún conservaba aquel magnífico desorden que le daba un aire nostálgico: antiguos globos terráqueos, volúmenes enormes, manuscritos amarillentos, pósteres despegándose de la pared, retratos enmarcados de hombres con barba... No había ningún escritorio, solo una gran mesa de roble a la que podían sentarse doce personas, el número exacto de mi clase de tesis de grado.

No había ni un rincón despejado. No me había molestado en redecorar la sala, y no tanto por respeto a mi mentor, como muchos pensaban, sino porque, en primer lugar, me daba pereza y no encontraba el momento; en segundo lugar, lo cierto era que no tenía un estilo personal, ni fotografías de familia que colocar, y en realidad no me importaba mucho esa tontería de que «el despacho es el reflejo del hombre» o, si me importaba, entonces es que yo era así; y en tercer lugar, porque siempre me había parecido que el desorden propiciaba la expresión individual. La esterilidad y la organización tiene algo que inhibe la espontaneidad en un estudiante. El caos parece ayudar a mis estudiantes a expresarse: «Si el entorno ya es tan caótico y desordenado —deben de pensar—, ¿qué daño pueden hacerle mis ridículas ideas?».

Pero sobre todo era porque me daba pereza y no encontraba el momento.

Una vez en pie, ambos nos dimos la mano junto a la gran mesa de roble. Ella sostuvo la mía un segundo más de lo necesario, así que yo la retiré rápidamente. No, eso no

ocurre todo el tiempo. Pero ocurre. Ahora tengo treinta y cinco años, pero cuando empecé, con veintitantos, ocurría más a menudo. ¿Recordáis aquella escena de *En busca del arca perdida* en que una estudiante se escribía las palabras «Te quiero» en los párpados? Algo así me sucedió a mí el primer semestre. Solo que en ese caso la segunda parte de la primera palabra era «ME», y empezaba por «F» y no hablaba de amor. No me vanaglorio de ello. Los profesores ocupamos una posición de poder enorme. Los hombres que acceden a esas cosas o que de algún modo se creen dignos de esas atenciones (no es por ser sexista, pero casi siempre son hombres) suelen ser más inseguros y estar más desesperados que cualquier jovencita de las que hacen proposiciones a sus profesores.

Mientras esperaba sentado la llegada del siguiente alumno, le eché un vistazo al ordenador situado a la derecha de la mesa. Se había activado el salvapantallas de la facultad. Era una página típica de universidad, supongo. A la izquierda, había un pase de diapositivas de la vida en la universidad, con alumnos de diferentes sexos, razas, credos y religiones disfrutando del ambiente académico, interactuando unos con otros, con los profesores, en actividades extracurriculares, esas cosas. La cabecera de la página mostraba el logo de la facultad y sus edificios más reconocibles, como la prestigiosa Johnson Chapel, una versión ampliada de la capilla donde había visto casarse a Natalie.

A la derecha de la pantalla había un recuadro con noticias de la facultad, y en aquel momento, mientras entraba el siguiente estudiante de la lista, Barry Watkins, y saludaba con un «Eo, profe, ¿cómo va eso?», vi una necrológica en la pantalla de noticias que me dejó de piedra.

—Hola, Barry —dije, sin apartar la vista del ordenador—. Siéntate.

Lo hizo y puso los pies sobre la mesa. Sabía que no me importaba. Barry venía cada semana. Hablábamos de todo un poco, y de nada en particular. Sus visitas eran más una